

UN CORAZÓN DE MARRANITO

Daniel Ortiz García

A las 4:05am surgió la primera pregunta en la cabeza de Rogelio. ¿Por qué una persona apasionada tiene que descansar de algo que le gusta tanto? A Rogelio le gustaba mucho la economía pero más aún, le gustaba hacerse preguntas para todo, así como las hacen los niños. De esta manera empezó su día, sin entender la necesidad de vacacionar y dejar sus clases, no porque no quisiera descansar, sino porque simplemente no encontraba una razón para hacerlo. Mientras meditaba esto, empacaba los últimos detalles de un viaje familiar. Así pasó el tiempo pensando durante el trayecto al aeropuerto y luego a Chiapas.

–Es como la utilidad marginal decreciente–, pensó. –Entre más tengo de algo, menos felicidad me produce cada unidad adicional.– O de pronto pensaba: –quizá sea un exceso de oferta, en donde se me ofrecen más clases de las que yo estoy dispuesto a tomar, y eso me saca de mi equilibrio de mercado... o más bien se trata de un equilibrio de mi persona...– y de pronto echó a reír sólo. Entre la risa y la nube de pensamientos, su cabecita pensante cayó sobre la ventana del avión y el peso de sus párpados lo venció.

De pronto un cañón gigante, con un acantilado de 1000 metros de altura, estaba delante de sus ojos. Sentado junto a él en la lancha, estaba su tío Justo, que era profesor de economía. No fue coincidencia, ya que ambos gustaban de conversar cosas que nadie más entendía.

Pero ahora la hermosura de los imponentes acantilados era razón suficiente para que no hubiera más comunicación que la de alguien que ve algo por primera vez. La velocidad de la lancha provocaba que el viento les cerrara los ojos, pero no era suficiente para disimular el asombro en sus caras frente al Cañón del Sumidero.

Al desembarcar, Rogelio y su tío Justo vieron cómo los turistas extranjeros se admiraban de la variedad de productos que había en los puestos: sombreros, suéteres, llaveritos, huaraches y todo tipo de artesanías vendidas por indígenas de la zona. Pero a Rogelio le gustaba buscar las cosas que un turista normal no percibe. Él sabía que todo este folclor era sólo como una hermosa cortina de teatro, que aún tenía que ser abierta para contemplar la verdadera obra maestra. Así entonces Rogelio se detuvo en los productos de barro analizando y preguntándose qué tipo de energía usaron para calentar el horno del barro, qué clase de pinturas y barnices aplicaron, cuánto tiempo habrán tardado... Pronto sus ojos, como los de un felino sobre su presa, se fijaron en un producto. Era un cochinito de barro pintado a mano. Le dio un codazo a su tío Justo y con una media sonrisa le dijo en voz baja: –que gente tan ignorante la que pone su dinero adentro de un marranito. Si tan sólo supieran de la inflación sabrían que los billetes y monedas son como frutos que se echan a

perder; creo que por eso los indígenas no se distinguen precisamente por ser economistas-. Su tío Justo le sonrió y siguió caminando, pero Rogelio no podía quitar sus ojos del marranito, lo tenía cautivado, pues era bastante bonito después de todo. Consideró comprarlo pero pensó: -Para qué gastar, si el ahorro es consumo futuro.-

De pronto la cortina del folclor se abrió y sus ojos contemplaron la primera escena de un drama que le hizo despertar de sus pensamientos: la niña que vendía marranitos de barro, de unos 15 años y con dos hijos pequeños muy descuidados. Al cruzar sus miradas, Rogelio no pudo evitar preguntar con su acento muy regio: -¿Disculpe Ud., cuánto cuesta este Marranito?- A lo que contestó la niña: -*Ti lo dijo en venite-*, mientras cuchicheaba con otra niña en su idioma natal, el Tzeltal, y ambas reían como pareciendo burlarse del ingenio y porte de Rogelio. Pero como por una especie de intuición, Rogelio notó que detrás de la risa había llanto y desesperación. Entonces recordó que no traía más que un par de billetes de 500 en su cartera y le dio vergüenza sacarlos. -De verdad son bonitos, pero muchas gracias-, dijo mientras colocaba el marrano de vuelta en su lugar. -*Ti lo dijo en diez-* dijo rápidamente la indígena pero ahora la sonrisa de su cara se había esfumado y su tono era insistente, como de alguien que pide limosna: -cómpramelo ándale-... Hubo silencio. Rogelio no podía explicarse cómo podía estar dispuesta a ofrecer un marranito así tan barato; él con gusto pagaría mucho más, si tuviera cambio. La mirada de la indígena le hizo apagar por un momento su razón y, olvidando el dinero, dijo: -Espera un segundo. Me gusta mucho, pero no sé qué nombre

ponerle-. A lo que la indígena contestó - Chitam, así se dice marrano en Tzeltal-. Tras varios intentos Rogelio pudo pronunciarlo correctamente y le pidió que le grabara el nombre al marranito con pintura, para no olvidarlo. Mientras tanto escuchó la voz estridente de su madre que le gritaba -¡Rogelio, ya estamos todos en el camión esperándote!- Corriendo pidió 20 pesos y se los dio a cambio de su marranito y sin más, partió hacia San Cristobal.

A lo largo de todo el trayecto en el autobús Rogelio permaneció pensativo contemplando a Chitam. Su rostro era como de alguien que ve un truco de magia y no descansa hasta saber cómo funciona. ¿Cómo podía un marranito así costar tan barato y ser aún regateable a 10 pesos? ¡Ajá! Pensó. Los indígenas no tienen costos de producción porque sólo tienen que ir y juntar el barro. Tampoco tienen que pagar salarios porque lo hacen todos ellos mismos, desde recolectar el barro hasta pintarlo. Y además tienen mucho tiempo libre porque no hacen tantas cosas como nosotros que vivimos en la ciudad. Estas ideas fueron como un consuelo temporal, como si ya hubiera comprendido un gran misterio.

Al llegar a San Cristóbal, Rogelio fue a caminar con su hermana Cristina, que es una de esas personas que no tiene miedo a pensar diferente de lo convencional. Con ellos iba también el Tío Justo. Platicando sobre el comercio que hacen los indígenas, su prima le dijo: -Las cosas deben costar lo que valen, ni más ni menos.- Pero para Rogelio esto era más una pregunta que una respuesta. ¿Quién puede decir cuánto vale algo? Su tío Justo intentaba explicarles que el mercado es esa estructura en la que los

agentes interactúan de acuerdo a la oferta y la demanda. A lo que Rogelio preguntó: –¿Pero si los precios de los productos de barro están determinados por el mercado, y el precio de equilibrio es demasiado bajo? – Entonces su Tío Justo contestó ingenuamente: –nadie los obliga a vender en ese precio, porque en cualquier momento el indígena puede optar por no vender si así prefiere.– Pero Cristina contestó: –el hambre los obliga.–

Llegaron al hotel después de la conversación y Rogelio tardó mucho en dormir esa noche. Había sido un día tan intenso para él, que no le parecía estar de vacaciones. No podía dejar de ver en su mente los ojos de esa indígena. Ahora que era economista en formación, sentía como un derecho y una obligación de saber, en todo el sentido de la palabra, todo lo que la ciencia pudiera aportar para entender y resolver un problema

así. Al menos ya sabía que tenía un propósito su carrera y eso le daba una gran satisfacción.

Con estos pensamientos volvió a Monterrey y puso a Chitam en su escritorio, entre sus libros. Al terminar una tarea a las 12:04am, volvió su mirada al marranito y le preguntó: – Chitam, tú has vivido con indígenas, tú has visto cómo viven y qué hacen. ¿Dime por qué hay personas que viven tan marginadas?– Pero Chitam no hablaba, permanecía en silencio con sus trazos bien contrastados; tenía una expresión simplemente seria, unas orejas puntiagudas y en el pecho un gran corazón. El silencio de Chitam se convirtió desde entonces en la fuente de reflexión para Rogelio, que cada día metía una moneda en el marranito y hacía preguntas. Así Rogelio no sólo desarrolló su mente, sino que también desarrolló un corazón de marranito.

* Econocuento es un concurso literario creado por el Dr. Alejandro Flores Becerril en 2011, donde se promueve la participación de alumnos de economía en la escritura de cuentos que basen su historia en el entorno económico. “Un corazón de marranito” de Daniel Ortiz García, alumno de economía del Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey obtuvo el primer lugar en el concurso de 2011.